no. Un carácter biológico no puede cumplir su misión, sino á condición de no traspasar ciertos límites. Sucede lo mismo con los fenómenos sociales. Si, como acabamos de ver, una *individuación* excesiva conduce al suicidio, una *individuación* insuficiente producirá los mismos efectos. El hombre separado de la sociedad, se mata fácilmente, lo mismo que cuando está fuertemente ligado á ella (*fortement intégré*)." (10)

Para llegar á esa conclusión, Dukheim analiza los móviles que más frecuentemente se atribuyen al suicidio, como la locura, la raza, la herencia, el clima, etc., etc., y sin negar por supuesto que en casos especiales puedan esos factores determinar el hecho, ejerciendo sobre él más ó menos directa influencia, los desecha en calidad de causas generales, sentando la teoría de la individuación y de la *integración,* y perdónesenos los galicismos.

Cuando el individuo no está estrechamente unido al grupo social á que pertenezca, como en las sectas protestantes, se produce el suicidio egoísta; cuando la unión es de tal naturaleza que la sociedad absorve al individuo, como sucede en la clase militar, se produce el suicidio altruista, así que ya la relajación de los lazos de solidaridad, ó ya una estrechez de ellos tal, que vengan á constituir más que vínculos, prisiones, son causas generales del delito.

El autor hace consistir ese altruismo en una influencia tal de las ideas sociales en el individuo, que le impongan la muerte en algunos casos como obligación (11); en otros por sugestión, y en determinadas circunstancias (aquí confieso no descubrir el altruismo) en cierta susceptibilidad ó irritabilidad producida por el espíritu de clase que hace al individuo no soportar la contrariedad más ligera (entre los militares una leve reprimenda, por ejemplo) y á causa de motivo tan baladí, darse la muerte.

Desde luego débese advertir que tales causas no son eficientes, pues ni bastan por sí mismas para producir el suicidio, ni indefectiblemente lo producen, ya que ni todos los protestantes, ni todos los militares se suicidan. Serán más que causas, medios propios para la realización del crimen y quedará como causa eficiente suya la libertad humana, sobre la cual puede influir

ciertamente ese estado de *anarquía* ó de *tiranía* social, pero siempre que la religión no la ampare y proteja. En efecto, si en el orden moral un alma no tiene autoridad á que sujetarse ó ésta es débil y floja, no podrá conservar, al menos por lo común, la fe y las costumbres, y del mismo modo si pesa sobre ella un yugo que no puede sacudir y le hace la vida insoportable, buscará la libertad en la muerte, si le faltan la fe, la esperanza y la resignación, ó si la sociedad á que pertenece pueda vencer el precepto de su creencia que le prohiba quitarse la vida.

La concurrencia de las causas del positivista francés con la irreligión, serán—digo yo—los más comunes motivos del crimen que estudiamos, y adicionada así la teoría, me parece admisible y capaz de defensa.

A sus conclusiones llegó Dukheim, analizando con gran sagacidad una estadística casi perfecta que lo conduce á la certidumbre de que los católicos, y principalmente los judíos, son los que menos se suicidan. ¿Qué principio general los rige, para explicar la causa de esa relativa inmunidad? Una perfecta integración que entre los católicos establece el principio de autoridad, y entre los judíos la necesidad de la unión más estrecha, de verdadera fraternidad social, único elemento de defensa común en un medio que, por lo general, les es contrario.

No dudo de que el principio de autoridad de la Iglesia sea preservativo de suicidio, pero de un modo mediato ó indirecto. Esa autoridad educadora y conservadora, mantiene y vivifica la fe, manantial continuo de esperanza y de caridad, y en esas virtudes, el creyente bebe aguas de vida, que lo alejan de la muerte voluntaria, al punto de que ES IMPOSIBLE QUE UN CATOLICO SINCERO Y PRACTICO LLEGUE A SUICIDARSE. Así puede deducirse de los mismos principios de Durkheim. (12) por más que éste en sus conclusiones, quizá por respetos humanos, se resista á ser tan explícito.

En cuanto á los judíos, su cohesión, integración, solidaridad ó como quiera llamarse, es más física que moral, (si la hubiera sería otro elemento de preservación) y la liga formidable que su genio organizador les ha hecho constituir para la defensa común, les pro-

porciona medios de vida fácil, muchas veces cómoda, y no pocas opulenta, que naturalmente los aleja del suicidio, al cual, por otra parte, su temperamento siempre ha sido refractario, como lo observa el P. Roure, "pues matarse—dice con gracia—es renunciar á tentar la suerte y á acumular dinero." (13)

Perdónesenos esta larga disquisición, pero á nuestro intento conviene demostrar que el suicidio es vicio gentílico, planta venenosa que se desarrolla únicamente cuando el ambiente puro del cristianismo es substituído por aires insalubres, y uno de los mejores argumentos que podemos hacer valer para demostrar que el siglo XIX es el más pagano de los tiempos cristianos, estriba en que el suicidio en él se ha desarrollado más que en ninguna otra época católica.

En efecto, Buonafede dice que el suicidio, como plaga social, no apareció sino hasta el Renacimiento, después de haberse extinguido con la antigua Roma, y aun cuando faltan estadísticas anteriores al siglo pasado, se puede asegurar sin la menor vacilación, con sólo echar una ojeada á los historiadores y literatos de los siglos XVI, XVII y XVIII, que en ninguno de ellos, ni aun en el último, la plaga tomó las proporciones que ahora, y ni siquiera pudo llamarse enfermedad social.

Hoy, Durkheim y el Jesuíta Roure, comentador del primero, proporcionan los siguientes datos:

"En efecto—dice el P. Roure—es cosa verdaderamente lamentable la multiplicación siempre creciente del suicidio en todas las naciones europeas. Ya en 1841, el traductor francés del P. Apiano Bounafede (1716-1793), general de los Celestinos, autor de una *Historia crítica y filosófica del suicidio,* escribía: "Hoy el suicidio ha llegado á estar de moda. Sigue una marcha ascendente de la que es difícil prever el término." ¡Qué diría si escribiese en nuestros días y cuánto más legítimos aún serían sus temores!

"La cifra de los suicidas franceses ha subido á más del cuádruplo en el espacio de sesenta años. En 1831, se contaban 2,084 suicidas;—4,454, en 1861;—4,490, en 1871;—6,741, en 1881;—8,884, en 1891, y 9,054 en 1893.

"La misma progresión creciente continuó en los de-

más países de Europa, con excepción de Noruega, pues parece que las diferentes naciones se disputan la palma en este *record* de nuevo género. ¡Funesta emulación!

"Si se investiga el número de suicidas anuales por cada millón de habitantes, se descubre, desde el período 1866-70 al 1878-82, el aumento siguiente:

BELGICA	de	66	suicidas á	100
AUSTRIA	de	78	suicidas á	163
BAVIERA	de	90	suicidas á	133
PRUSIA	de	142	suicidas á	166
SAJONIA	de	293	suicidas á	392

"Por todas partes se advierte el mismo deplorable progreso: ¿será indefinido?

Ved, además, el lugar que ocupan las diversas naciones de Europa en tan triste concurso. Escogemos el período de 1888-92, por ser el más uniformemente observado. Si después ha crecido todavía el número de suicidios, las posiciones relativas de los diversos países no varían, al menos notablemente. Sobre un millón de habitantes, el diezmo anual pagado á la funesta plaga, es:

	Suicidios
IRLANDA	17
ESPANA	30
ITALIA	45
NORUEGA	69
INGLATERRA	76
SUECIA	92
BELGICA	100
AUSTRIA	163
PRUSIA	166
FRANCIA	180
SUIZA	239
DINAMARCA	258
SAJONIA	392

La extensión del suicidio ha conducido á un resultado inmediato: su condenación unánime por todos los sociólogos y criminalistas de valer. No lo ven hoy

los pensadores con la indulgencia que le concedieron Montesquieu y Juan Jacobo Rousseau, y apenas se la otorgarán los que adulan al pueblo en vez de dirigirlo, como son los periodistas, novelistas y autores dramáticos." (14)

Roure no lo advirtió, por ser cosa que no conducía á su propósito; pero el año de 54 es una de las etapas de la estadística de los suicidios, y como nota Durkheim, (15) en esa época se recrudeció la epidemia, circunstancia que hago notar sólo como mera curiosidad histórica, pero que bien pudiera significar, ó una reacción del espíritu del mal contra la declaración del dogma, ó la necesidad imperiosa de recurrir á la Virgen Inmaculada para poner coto á aquella marea de sangre siempre en creciente.

Porque ¿qué medio mejor en el orden sobrenatural para combatir el suicidio, el más feroz enemigo de la vida humana, que la oración á la Virgen pura, personificación de la humanidad íntegra, intacta, perfecta?

El pecado de Adán fué una especie de suicidio, porque á él y á su descendencia los condenó á la muerte, y la Concepción Inmaculada de María, fué la gloriosa restauración del orden turbado por el atroz delito.

Pero si la Iglesia buscaba un remedio al mal del siglo en aquel homenaje solemne á la Madre de Dios, ¿por qué la recrudescencia de la infernal plaga, después de que la Reina del Cielo fué declarada libre del influjo del PRIMER HOMICIDA?

Desde luego, creemos que en los países católicos el suicidio ha disminuído desde entonces, y la ley sociológica del mismo Durkheim lo puede demostrar. ¿No es un hecho, como lo demostraremos después, que la declaración de la Inmaculada preparó la de la Infalibilidad, y no es ésta la fuerza más grande del principio autoritario? ¿Y qué cosa integra mejor un grupo social que ese principio?

Por otra parte, la estadística como ahora se forma, puede, como lo demuestra Durkheim, conducir al descubrimiento de algunas leyes sociales, pero para averiguar las verdaderas causas del suicidio nos parece insuficiente, y sólo nos darían completa luz los datos biográficos de los suicidas. En efecto, no hay que confundir un país católico con el grupo de católicos de

esa nación. En México, por ejemplo, se dirá que ha habido cien suicidios por año, supongamos, y la estadística anotará esa cifra como relativa á un *país católico*. Pero aunque vivan en país católico los suicidas, ¿pertenecerán á esa religión? Pueden, y son muchas veces protestantes, pueden haber sido educados sin religión alguna, pueden haber abandonado la que tuvieron, y entonces no hay razón para considerarlos católicos y querer sacar de ese pretendido catolicismo alguna consecuencia.

No diré ya entre los católicos sinceros y observantes, PORQUE ENTRE ESTOS NO PUEDE COMPROBARSE UN SOLO CASO DE SUICIDIO, sino entre los que han nacido en la fe y no la han abandonado formalmente, cierto estoy de que el número de suicidas, ha disminuído y nuestra ciudad es un ejemplo de ello. (16)

La estadística que copié arriba que indica recrudescencia de suicidio en algunos países católicos, nada prueba en el caso, porque no se refiere al grupo, sino á naciones como Bélgica y Baviera, en que abundan también los protestantes, socialistas y librepensadores, aunque tomados en conjunto y en general puedan llamarse países católicos.

Taine, dice el P. Ferbes, calculaba en un 25 por ciento el número de niños no bautizados en París, y en 24 ó 25 por ciento también el número de matrimonios y sepelios civiles; cálculo que se hacía cuando las escuelas laicas no daban aún sus resultados.

El mismo P. Ferbes crée que en París, la enorme muchedumbre de 700.000 habitantes, es decir, la cuarta parte de la población total, es indiferente ú hostil hacia la Iglesia, es decir, enteramente pagana (17), y sin embargo, las estadísticas, candorosamente continuarán considerando á París ciudad católica, y reputando católicos los suicidas de esa población.

Pero aun cuando esa recrudescencia de suicidios en 1854 se hubiera advertido entre los mismos católicos, nada prueba en contra de la eficacia de la declaración, porque la Providencia, siguiendo las vías comunes y ordinarias, puede permitir la exacervación del mal para que más pronto desaparezca; porque cuarenta ó cincuenta años nada significan en la inmensa suce-

sión de los siglos, (son un punto tan sólo) y no debemos llamar ineficaz la mediación porque no obre luego; porque tal vez sin la declaración, la marea de sangre del suicidio, que en ese mismo año de 54 tomó tan espantosas proporciones, hubiera crecido mucho más, hasta donde la imaginación no puede seguirla.

Tengamos únicamente por ciertas estas dos proposiciones: en el orden sobrenatural nada puede ser más eficaz contra el suicidio que la intervención de la Virgen María, de la mujer privilegiada, libre de aquel trascendental pecado que condenó á la humanidad á la muerte; en el orden natural, como ya se ha visto, el dogma de la Infalibilidad Pontificia fortificó la autoridad de la Iglesia y perfeccionó por decirlo así, su *integración,* sin que ésta llegue á constituír despotismo ni á producir esclavitud, porque consiste en concordia y armonía de conciencias y de corazones.

VIII

ESPIRITISMO Ó MAGIA ANTIGUA